

MI PUEBLO, EL QUE ELEGÍ

Nací en una ciudad pequeña, Pamplona. Trabajé y formé una familia en otra más grande, Zaragoza. Vivo, por elección, en un pueblo, ahora **mi pueblo**, San Mateo de Gállego.

Iban creciendo los niños; disfrutaban en el parque, en la piscina, paseando por las avenidas. Tenían amigos; del colegio, del parque, de judo. Eran felices.

Y un día nos hicimos la pregunta clave: ¿y si alquilamos una casa en un pueblo? Una casa en *un pueblo*. No porque la naturaleza esté menos contaminada y haya menos ruido. No, queríamos vivir *en* un pueblo, *dentro* del pueblo, *compartiendo* su vida.

Teníamos magníficos recuerdos del verano. Su padre, en un pueblo pequeño a orillas del Cantábrico, con pandillas para ir a pescar, a coger lapas, a dar grandes paseos jugando por las rocas y la arena. Yo, en el de mi madre. El inicio de la adolescencia con los primeros bailes en la plaza, las charlas interminables por las noches, las excursiones. ¡Qué recuerdos tan íntimos, tan fuertes, tan bellos!

Vivencias, vida, que deseábamos para nuestros tres hijos. Y empezamos a mirar; a visitar pueblos. Y lo encontramos.

Primero fue una vivienda para pasar los fines de semana y las vacaciones.

Pronto se cumplió el primer objetivo: las relaciones, la integración. Lo tuvieron muy fácil los niños. No era necesario nada más que bajar a la calle y hablar con los que jugaban. Sin problemas. Y también nosotros; como vecinos, la casa era de dos pisos, una familia con tres hijos y con la que hicimos y tenemos una sincera y gran amistad. Cuando ibas a comprar a una tienda te extrañaban y te preguntaban. Se enteraban de quién eras y así empezabas a formar parte del grupo.

Y llegó el primer verano. El juego en libertad. Con las bicis, haciendo tiendas con cañas y hojas donde, a pesar del tórrido calor, se metían dentro a charlar. Y por la noche, la *fresca*: oscuridad y libertad; libres, con dos condiciones: no molestar a los que duermen y estar atentos al reloj para llegar a casa a la hora convenida.

La vida era sencilla, y libre. Los veranos, eternos. Durante unos días, cuando eran un poco mayores, iban al campamento que organizaba la parroquia en el Pirineo. Solos; y así iban creciendo, aprendiendo a no estar siempre en el refugio de su casa; a lavar la ropa; a comer lo que ponían; a sentirse mal y no poder ir a la mamá sino al responsable. Con el amor al campamento, al pasar los años, algunos se hicieron monitores de tiempo libre, y así se iba adecuando el campamento a los nuevos tiempos.

Mención destacada merecen las fiestas de agosto en honor a la virgen del Rosario. Durante semanas se pensaba y organizaba la carroza. Con todos los niños del barrio. Y con el arte de María José casi siempre había premio y era motivo de celebración en la calle. Cena comunitaria.

Las fiestas tenían, y tienen, como eje principal a la patrona del pueblo, la virgen del Rosario. Con su tradición de llevar una pequeña imagen de la Virgen a una casa, la de los priores. La llevan el 16 de agosto y permanece en ese domicilio hasta el 14 del siguiente agosto que vuelve a la

parroquia para pasar allí el día grande, el 15. Entonces los priores, especialmente la priora, recibía frecuentemente visitas de vecinos que iban a rezar ante esa imagen para pedir o dar gracias. Ahora las fiestas siguen pilotando en el 15 de agosto, pero hay costumbres que inevitablemente se van modulando a los nuevos tiempos.

Sí, San Mateo de Gállego nos gustó. Era acogedor, tranquilo; hasta podías dejar la puerta de tu casa con la llave puesta o la bicicleta en la calle y sabías que no pasaba nada.

Y así llegó la siguiente decisión. Nos hacemos una casa. Por supuesto, nada de urbanizaciones. Dentro del pueblo. Que continúe ese modo de vida.

Los primeros años seguíamos usándola en el fin de semana. Esperábamos el viernes la salida del colegio con ilusión. Hasta una gata que teníamos, Kim, se ponía contenta cuando venía a San Mateo. Al llegar a la papelera de Montañana, nerviosa y feliz saltaba al salpicadero. Sabía a dónde íbamos, había que cogerla en brazos.

Y con la casa llegó el jardín. Y allí les enseñamos a ver cuántos pájaros nos visitaban. Los gorriones, las tórtolas, los petirrojos, los mirlos, otros pajarillos rechonchos, pequeños, verdes. Muchas primaveras también acudía una pareja de carbonero común. Alguna vez llegaba una urraca con su grito alarmante. Les enseñamos a que contemplaran la naturaleza. Cómo los picos de las cigüeñas pasaban del negro al naranja al alcanzar la madurez. Las primeras flores, las de los almendros. Las uves de las grullas, con su grito característico; hacia el norte al empezar la primavera, hacia el sur al final del otoño.

Pero, cara al exterior aprendieron muchas más cosas. El cariño de la señora Pilar que no tenía hijos y le gustaban los niños: les hacía tartas, magdalenas. O el vecino que nos regalaba tomates calentitos, recién cogidos. ¡Qué buenos estaban así, con una pizca de sal! Y aprendieron a corresponder; con afecto, ayudando a llevar una bolsa, haciendo compañía.

Verdaderamente la vida en un pueblo no tiene nada que ver con la de la urbe. Además, cuando queríamos ir al cine o a merendar, no estábamos lejos. San Mateo tiene esa ventaja. Está a 24 km de Zaragoza.

Su población ha ido aumentando poco a poco y en los últimos años más aceleradamente. Somos 3.234 habitantes según el padrón de 2018 pero, probablemente, vivimos más porque muchos han decidido tener aquí su hogar aunque su integración no sea plena. La escuela ha aumentado en pocos años la necesidad de nuevas aulas y, sin duda, será un factor que acercará a los habitantes de siempre con los llegados. Hay un comercio suficiente para el abastecimiento cotidiano diario; aunque con carencias, por ejemplo una pescadería. Y empresas de importancia en el polígono. Una de ellas, ha sido citada muchas veces durante la pandemia, Certest Biotec SL; hacía tests y ahora desarrolla una vacuna para hacer frente al Covid-19.

San Mateo está vivo. Y está cambiando. Ahora, al pasear, ves caras desconocidas. Pero pronto las vuelves a ver, ves dónde viven, se hacen familiares.

Cuando empezamos a venir a San Mateo de Gállego, en 1988, un vecino nos dijo: “aunque vivan aquí el resto de su vida, siempre serán forasteros”. Falló; somos sanmateanos. De un San Mateo que fusiona lo que llega y lo que era, guardando su esencia. Ahora, mi nieta de cuatro años, piensa en el verano, en que pasará unos días en San Mateo... y saldrá a la *fresca*.